

Rol del católico en el diálogo ecuménico en este siglo XXI (Con motivo de los 500 años de la “reforma” protestante)

Mario Vargas Arévalo¹

INFORMACIÓN DEL ARTÍCULO

Historia del artículo:

Recibido: 27 de octubre, 2017

Aceptado: 1 de diciembre, 2017

Palabras claves:

Ecumenismo

Magisterio de la Iglesia

Reforma protestante

RESUMEN

Este breve artículo reflexiona sobre el rol que debe tener un cristiano católico ante el ecumenismo sustentándose en el Magisterio de la Iglesia en torno a esta tan importante temática.

Role of the Catholic in the Ecumenical Dialogue in this 21st Century (A occasion of the 500th of “Protestant Reform”)

ABSTRACT

Keywords:

Ecumenism

Magisterium of the Church

Protestant Reformation

This brief article reflects on the role that a Catholic Christian must have in the face of ecumenism based on the Magisterium of the Church on this important topic.

fuego”, es la frase con la que Martín Lutero da pie, junto a la publicación de sus 95 tesis, a una de las heridas más grandes que se ha dado en la historia de la Iglesia, el protestantismo, y que tras 500 años, aun se hace presente en medio de nosotros.

Introducción

“Porque has perturbado la verdad del Señor; pueda el Señor destruirte hoy mediante este

Este movimiento conocido como “Reforma protestante” dio apertura a que diversos personajes se desligasen de la Iglesia Católica y “fundasen” otras Iglesias cuyas denominaciones y credos iban variando, a veces, según la

¹ Estudiante del IX ciclo de la carrera de Educación Secundaria, en la especialidad de Filosofía y Teología, Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo, Chiclayo, Perú. Email: mario_edgard_1893@hotmail.com

conveniencia del fundador o según la teología que se había desarrollado (así por ejemplo Calvino, Enrique VIII, entre otros).

En la actualidad, podemos darnos cuenta que aquello que inició Lutero, ha terminado en un sinfín de Iglesias, sectas o comunidades cuyo título varía entre “cristiana”, “evangélica” o “protestante” y que distan mucho o poco no solo de la doctrina de la Iglesia Católica, sino también de aquel que empezó este movimiento.

Es aquí, donde la Iglesia, atendiendo al mensaje de Cristo, en el que pide al Padre “que todos sean uno” (Jn 17, 21), ha buscado y sigue buscando la forma por la cual aquellos que se separaron de ella vuelvan a la Casa Común a fin de que sean un solo rebaño con un mismo Pastor (Jn 10, 16).

Diálogo ecuménico

Este encuentro que busca tener la Iglesia Católica con las Iglesias que surgieron a partir del movimiento luterano, es conocido como diálogo ecuménico, el cual hasta nuestros días no solo ha alcanzado grandes avances sino también y paradójicamente también retrocesos, no por culpa de aquellos que teniendo la intención de buscar la unidad han ido tras la oveja perdida, sino sobre todo por aquellos que recibiendo en plenitud el mensaje cristiano y siendo partícipes de la vivencia apostólica, han cerrado el pase a aquellos que más necesitan de Aquel que es la Verdad en sí misma.

Por ello, considerando que todos los bautizados somos parte del Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia, y que todos estamos unidos al deseo de Aquel que es Cabeza invisible de la misma, se pregunta ¿cuál es el rol del católico, en la labor ecuménica de la Iglesia, frente a las diversas comunidades cristianas que hay en su entorno?

Para dar respuesta a ello, se dará a conocer qué es el ecumenismo; luego, qué es lo que pide la Iglesia para desarrollar este diálogo ecuménico; y finalmente, el rol que tiene el católico dentro de este diálogo.

Para poder entender lo que es el ecumenismo, es necesario aclarar dos cosas muy importantes en el desarrollo de la doctrina de la Iglesia y su relación con otras doctrinas cristianas: la actitud ante el error, y el mandamiento del amor. En el error, está presente lo que normalmente se llama “herejía”, la cual es entendida como una desviación de la doctrina anunciada por los apóstoles, y que es presentada como verdad absoluta. Ejemplo de ello, tenemos a Arrio, que afirmó al Verbo, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, como una criatura; a Nestorio, que negó la Maternidad Divina de la Virgen María; etc. (Rahner y Alfaro, 1978).

Aquellos que persistieron en el error y no han querido mantener un dialogo con la Iglesia en torno a la doctrina expuesta, llegaron al punto de producir un “cisma”, es decir, una separación voluntaria de la comunión eclesial, como fue el caso del Lutero, al no querer retractarse de sus escritos y enseñanzas, y formar una comunidad ajena a la Iglesia Católica (Rahner y Alfaro, 1978).

Ante estas situaciones en las que se llegaba a desvirtuar el mensaje de Cristo y la enseñanza apostólica, la Iglesia, desde sus inicios, ha mostrado una gran severidad en torno a la doctrina y la autoridad eclesial. Así por ejemplo, san Pablo al afirmar que si alguien “...os anunciara un evangelio distinto del que os hemos anunciado, ¡sea anatema!” (Ga 1, 9); y cuando sentencia a los que se alejaron de la fe: “...algunos, por haberla rechazado, naufragaron en la fe; entre éstos están Himeneo y Alejandro, a quienes entregué a Satanás para que aprendiesen a no blasfemar” (1Tim 1, 19-20).

Esta actitud de la Iglesia ante la doctrina errónea, según Bea (1963), tiene su fundamento en

el amor y celo que tiene el colegio apostólico, sus sucesores y colaboradores al mensaje que Cristo les ha confiado a fin de que por medio de esta se oriente al pueblo de Dios a la salvación.

De ahí se entiende que si se tergiversa el mensaje cristiano, se desvía el camino que conduce a la Vida Eterna, y lo que trata siempre la Iglesia es de vivir en la Verdad y comunicarla en su integridad, a fin de que quien crea y se bautice, se salve (Mc 16, 15-16).

El mandamiento del amor y de la unidad

Ahora, en torno al mandamiento del amor, por el que Jesús nos llama a amarnos los unos a los otros como Él nos amó (Jn 15, 12), la Iglesia muestra el deseo, como fiel seguidora de Cristo, de que aquellos que no pertenecen a la Fe verdadera se unan a Ella para vivir en plenitud el mensaje evangélico.

De ahí que “la relación con los hermanos y hermanas bautizados de otras iglesias y comunidades eclesiales es un camino irrenunciable para el discípulo y misionero” (Aparecida, n° 227), pues es atender al deseo de Cristo, su Maestro y Pastor.

Y además, porque también la Iglesia se reconoce unida a otras confesiones cristianas a pesar de que estas no estén en comunión con la Sede de Pedro, puesto que tienen un bautismo con la misma fórmula; tienen a la Sagrada Escritura como norma de vida; creen en Dios Padre Todopoderoso y en su Único Hijo, Jesucristo; poseen sacramentos, como la Eucaristía; etc. (Lumen Gentium, n° 15).

Así, entre los momentos más memorables, en los que la Iglesia ha querido un acercamiento con otras confesiones cristianas, tenemos el levantamiento de las excomuniones, por parte del Beato Papa Pablo VI y el Patriarca Anténágoras, que habían dado origen al cisma de Oriente; la

elaboración del Decreto Conciliar sobre el Ecumenismo “Unitatis Redintegratio”; la fundación del Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos; los diversos encuentros que tienen los Sumos Pontífices con los diversos miembros de otras confesiones cristianas y no cristianas; etc.

Justamente, uniendo el amor y el celo de la Iglesia por mantener fielmente el Depósito de la fe, al deseo de que todos los hombres se salven y se unan a ella para vivir en plenitud el mensaje de Cristo, podemos decir que el Ecumenismo es la unión de ambos puntos, es decir, es la acción por la cual la Iglesia busca enseñar y vivir la Verdad al hombre que la busca, está extraviado o confundido.

Por ello, el Concilio Vaticano II, definió el ecumenismo como “el conjunto de actividades y de emprendimientos que, conforme a las distintas necesidades de la Iglesia y a las circunstancias de los tiempos, se suscitan y se ordenan a favorecer la unidad de los cristianos” (Unitatis Redintegratio, n° 4) hasta el punto de mostrar a la Iglesia como palabra, mensaje y coloquio (Ecclesiam Suam, n° 27)

Por tal motivo, ante esta búsqueda de la unidad cristiana, la Iglesia nos presenta el principio: “pongamos en evidencia, ante todo tema, lo que nos es común, antes de insistir en lo que nos divide” (ES, n° 41) hasta el punto de “estudiar cómo secundar los legítimos deseos de los Hermanos cristianos, todavía separados de nosotros” (ES, n° 41)

Con ello, la Iglesia invita a no estar discutiendo ante temas que desde los orígenes del protestantismo se han venido dando, sino sobre todo, a tener apertura al reconocimiento del otro como ser amado por Dios, y a la búsqueda de valores en común, como la paz, la dignidad de la persona, el medio ambiente, etc. que permitan al hombre encontrarse con Cristo, puesto que “es

mucho más lo que nos une que lo que nos separa” (Francisco, 2016)

Además, llama a estar atentos a nuestros hermanos separados en la vivencia de la caridad y a hacerles partícipes de diferentes actos que hacen a la Iglesia como tal. Como por ejemplo, el reconocimiento de sacerdotes luteranos y anglicanos en su ministerio cuando han entrado a la Iglesia Católica; el deseo de otorgar una Prelatura Personal a los lefebvrianos; etc.

También pide que se tenga un “conocimiento de la doctrina y de la historia de la vida espiritual y cultural, de la psicología religiosa y de la cultura peculiares de los hermanos” (UR, n° 9) para poder obtener mejores frutos a partir del dialogo, el cual no consistiría en realizar una apologética negativa de su fe, sino sobre todo en «decir lo que está en nuestras mentes y corazones de forma clara y convincente, como dice san Pablo “haciendo la verdad en la caridad”» (Aparecida, n° 229)

Y llama, a que en las zonas que necesitan de la acción social, se trabaje en conjunto con todos aquellos que siguen al Buen Pastor, ya que por medio de estos trabajos se “expresa vivamente la unión con la que ya están vinculados y presenta con luz más radiante la imagen de Cristo Siervo” (UR, n° 12).

El rol del católico

Sin embargo, frente al pedido que hace la Iglesia, hay quienes piensan que este actuar por la unidad de los cristianos compete solo al trabajo y esfuerzo de algunos miembros u organismos de la Iglesia (el Papa, los obispos, sacerdotes, congregaciones, etc.), o en todo caso muestran intolerancia o indiferencia frente a los hermanos separados, lo cual solo acrecienta el abismo que nos separa de ellos.

Esta lamentable realidad, que no es exclusiva del Viejo Mundo sino sobre todo de Latinoamérica, puesto que acá no cesan las apariciones de sectas

o comunidades protestantes que se dedican a exponer pensamientos contra la Iglesia Católica (sin una sólida base teológica, ni bíblica), y que hacen reaccionar a no más de uno con su afirmación, confrontación o indiferencia, debe ser una oportunidad, para que aquellos que confesamos “un solo cuerpo y un mismo espíritu... Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos” (Ef 4, 4-6) hagamos florecer, a partir del encuentro con Cristo, “el ímpetu de comunicar a todos el don de ese encuentro” (Aparecida, n° 145).

Y para ello, la actitud o el rol que debe desarrollar el católico, frente a esta realidad que ya se ha venido exponiendo, es: Vivir una verdadera y constante conversión de corazón que surja a partir del encuentro con Cristo, y que lleve a la abnegación y a la efusión de la caridad. Ya que antes de entrar en conversaciones fraternas, la Iglesia, en sus miembros, se debe abrir en coloquios con el Padre celestial en oración y esperanza efusivas. (UR, n° 7; ES, n° 41)

Reforzar en nuestras comunidades o Iglesias, la experiencia religiosa, que más allá de un simple sentimentalismo, debe ser un encuentro personal con Cristo que surja a partir del anuncio kerigmático y del testimonio personal que invite a la conversión; y la vivencia comunitaria, de tal forma que existan encuentros fraternales reales, que demuestren a los hermanos que son valorados y eclesialmente incluidos, lo cual hará que ellos se sientan corresponsables en su desarrollo en Iglesia. (Aparecida, n° 226)

Participar de las oraciones públicas y privadas por la unidad de los cristianos, siempre bajo la guía de nuestros pastores, especialmente en el octavario que la Iglesia introduce en la liturgia entre el 18 y 25 de enero. (UR, n° 8)

Conocer las doctrinas, historias y demás aspectos que conforman a las comunidades de hermanos separados a fin de entenderlos en su

contexto y así entablar un diálogo fructífero (UR, n° 9).

Promover, desde las Universidades Católicas, una “mentalidad ecuménica” que oriente a la investigación y cátedra sobre los intereses ecuménicos de la Iglesia, invitando a un diálogo lleno de respeto y de contribución a aquellos hermanos separados que están inmersos en la vida universitaria. (Bea, 1963)

Conocer de manera profunda, clara y precisa la Sagrada Escritura y la doctrina de la Iglesia Católica, a fin de que, sin menoscabar su integridad teológica y pastoral, sea expuesta y comprendida por nuestros hermanos separados (UR, n° 11)

Y realizar, con ayuda de los hermanos separados, proyecciones sociales que tengan como fin promover valores como la dignidad de la persona, la paz, la aplicación social del Evangelio, o contrarrestar aspectos como el analfabetismo, el hambre, la pobreza, entre otros; a fin de que, en el desarrollo del mismo, exista un conocimiento y aprecio mutuo, y un deseo de unidad. (UR, n° 12)

Así, con todo este panorama respecto a la labor ecuménica de la Iglesia, y a modo de conclusión, hay que decir, que el ecumenismo es la búsqueda de la unidad de todos aquellos que confesamos a Jesucristo como Hijo de Dios y salvador de los hombres, y que deseamos cumplir su mandato de amor.

El deseo de unidad no es desarrollar un sincretismo religioso ni mucho menos cumplir una exigencia sociológica, sino que es vivir el deseo que nace del interior mismo de Dios, mostrado por Cristo: "Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros" (Jn 17, 21).

La búsqueda de la unidad no parte de la exposición de puntos doctrinales, litúrgicos o de Derecho Canónico, que marcan radicalmente la diferencia entre una confesión y otra, y que da pase a discusiones, que como hace 500 años

iniciaron las divisiones, sino más bien parte de la búsqueda de aspectos en común, como el deseo de la paz, el cuidado del medio ambiente, la lucha contra la pobreza, etc.

La Iglesia busca entablar un diálogo de respeto y de apertura con todas aquellas confesiones cristianas por medio de la fundación del Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos; la participación de miembros de diversas confesiones a celebraciones propias (como fue el caso del Concilio Vaticano II); los encuentros del Papa con los miembros de dichas comunidades separadas; el trabajo conjunto que promueva valores en común; etc.

Finalmente, nosotros, como miembros de la Iglesia, estamos llamados a vivir y promover este deseo de unidad desde nuestras comunidades y en comunión con nuestros pastores, partiendo de la conversión personal, la unidad en la oración, la profundización del conocimiento de la fe y el ardiente deseo de ser misioneros en la vocación personal.

“Vengan... no entrarán a una casa extraña, sino en la suya propia”

(Juan XXIII a los hermanos separados)

Bibliografía

Bea, A. (1963). *La unión de los cristianos*. Barcelona: Estela.

CELAM (2007). *Documento de Aparecida*. (2ª ed.). Bogotá: CELAM.

Francisco (2016). *Evento ecuménico en el Malmoe Arena, discurso del Santo Padre*. Recuperado de http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2016/october/documents/papa-francesco_20161031_svezia-evento-ecumenico.html

Pablo VI. Vaticano II: Unitatis Redintegratio. Nov 21 de 1964. Obtenido de http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_decree_19641121_unitatis-redintegratio_sp.html

Pablo VI. Ecclesiam Suam. Recuperado de http://w2.vatican.va/content/paul-vi/es/encyclicals/documents/hf_p-vi_enc_06081964_ecclesiam.html

Pablo VI. Vaticano II: Lumen Gentium. Nov. 16 de 1964. Obtenido de http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_sp.html

Rahner, K. y Alfaro, J. (1978). Enciclopedia Teológica. Barcelona: Herder.